

Chaves Nogales inédito

El cronista de la Tercera España

Representante de lo más granado del periodismo viajero de comienzos del siglo XX, su búsqueda de la verdad por encima de cualquier ideología hizo de Chaves Nogales una voz incómoda en una España dividida, como señala Rafael Narbona en su perfil del escritor. Libros del Asteroide reúne por primera vez su *Obra completa*, que incluye sus nueve libros y sesenta y ocho artículos inéditos de los que adelantamos dos ejemplos que condensan su compromiso.

MANUEL CHAVES NOGALES

Los escritores de provincias

Días atrás, honrando la memoria del cronista de Granada don Francisco de Paula Valladar, dedicaba Fabián Vidal uno de sus más certeros comentarios a los oscuros y beneméritos patricios que allá en el fondo de las provincias españolas “se preocupan de cultivar el pequeño huerto florido del ayer, de desempolvar y descifrar viejos papelotes, de escribir las biografías de los grandes hombres que fueron gloria de la región, de recopilar leyendas, de recoger sucesos históricos, de formar anales, de defender contra las injurias del tiempo y de los hombres las iglesias olvidadas, los castillos arruinados, las casonas de bellas puertas y complicados escudos de piedra, todo lo que perdura como testigo y legado de los siglos idos”.

Este elogio del escritor cortesano a los humildes escritores de provincias con ser tan cumplido, tan hondo y tan sincero, no debe bastarnos.

De buena gana yo tomaría estas palabras cordiales de Fabián Vidal como pun-

to de partida para una campaña de revisión que diese el debido realce a la obra meritísima de esos hombres entre los que se hallan a veces los espíritus más refinados, más culros y sutiles, perdidos, anulados en la indiferencia o el desdén de estas ciudades españolas que por no haberse encontrado a sí mismas, padecen aún la necia obsesión de buscar en el centro, en esta aglutinación amorfa de nuestro centralismo, su razón de ser. Y como ellos están vueltos de espaldas a toda esta simulación de tráfico intelectual que por aquí se hace, quedan abandonados aun por la misma ciudad de sus amores, que pone su ideal en minar el último gesto cortesano, aunque este mimetismo sea al fin lo más triste y ridículo de las actividades provincianas, lo más deleznable y más irremisiblemente condenado.

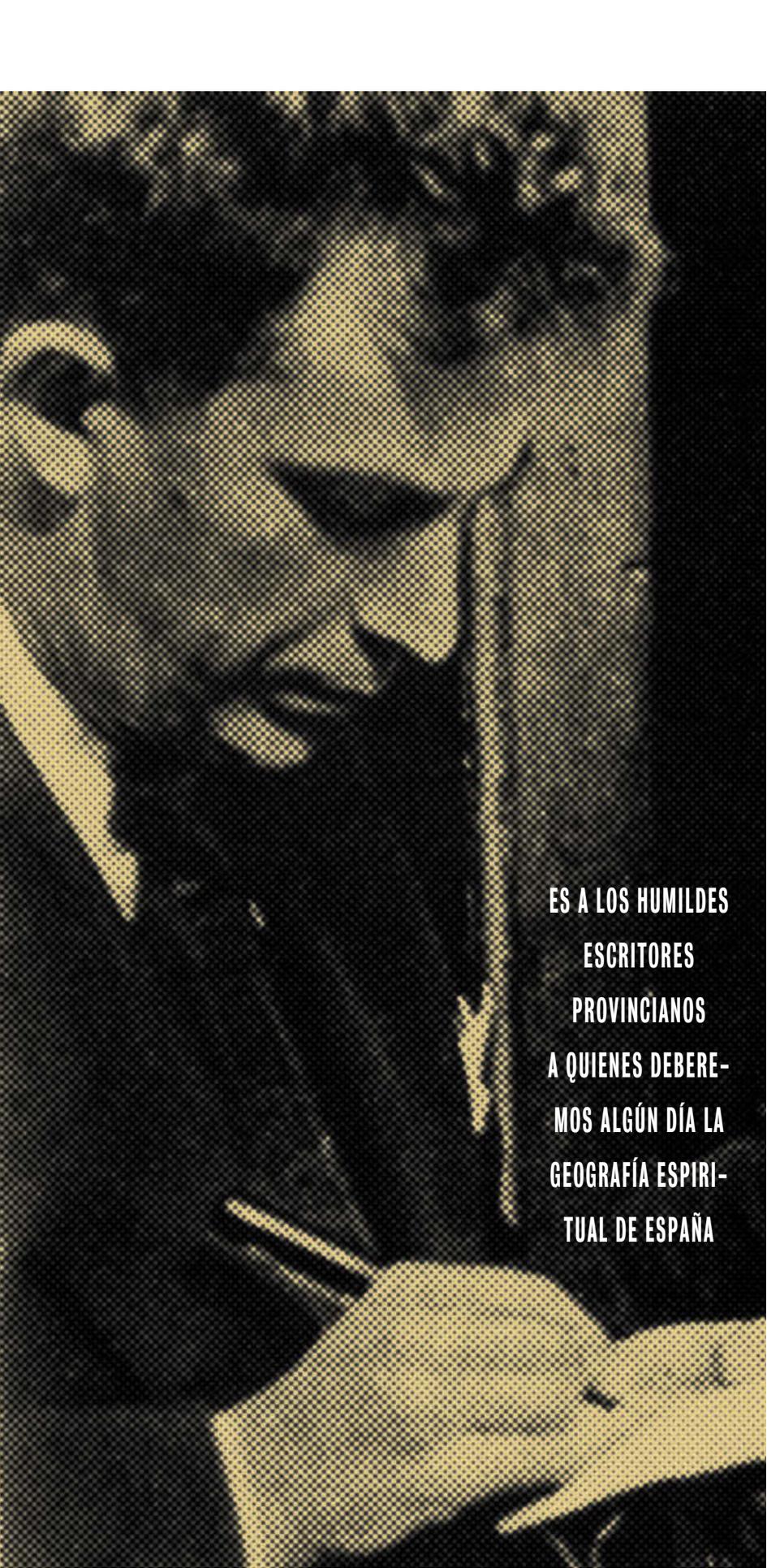
En medio del fracaso de estas sugerencias centralistas, lo único que se salva en provincias es la obra de esos otros hombres que, desechando la atracción centrípeta, conforman su labor intelectual a un verdadero y amplio concepto de ciudadanía, ante el cual se ve, por el contraste, cómo la obra total del centro es una obra traducida, obra de típica provincia intelectual.

Se desestima a esos hombres, por su

falta de agilidad, de dinamismo; no se advierte, en cambio, que están poderosamente enraizados y que tienen una motivación clara y sucinta. Se les tilda de pobres de espíritu, y ya quisiéramos poner nosotros en nuestra obra la espiritualidad, la devoción, el misticismo, la abnegación que ellos ponen en la suya.

El más oscuro de estos cronistas provincianos, el más ramplón de todos, infunde a su obra un amor y una honradez que son transparencia y luz para los verdaderamente inteligentes; el más rezagado, el de mayor pereza mental, da a su obra un valor documental, una emoción, que pocas veces se logra con las lucubraciones y las ingeniosidades cortesanas.

¿Dónde están, por otra parte, aquí en Madrid la espiritualidad, la aristocracia mental, el ambiente intelectual depurado? Ni en redacciones, ni en tertulias, ni en centros culturales se halla jamás la unción, el ambiente intelectual puro de las viejas provincias españolas, de esos Archivos municipales en los que un hombre paciente y cultivado cataloga sus papeletas o devana sus filosofías. Frente a esta visión de cultura neta y limpia, Madrid ofrece la confusión de sus ambientes literarios, sus promiscuaciones, su falta de



ES A LOS HUMILDES
ESCRITORES
PROVINCIANOS
A QUIENES DEBEREMOS
ALGÚN DÍA LA
GEOGRAFÍA ESPIRITUAL
DE ESPAÑA

valoración, su incapacidad para discernir.

Repasar las colecciones de periódicos y revistas, rebuscar en los puestos de libros viejos, es descubrir la absoluta falta de valor de esos novelistas de gran público, de esos cronistas brillantes que indudablemente tuvieron un momento—como éstos de ahora— en el que llenaron toda la actualidad y creyeron e hicieron creer que sus obras tenían una trascendencia y un valor intrínseco del que carecían. A los puntos de la pluma acuden los nombres de este maestro de periodista, de aquel novelista insigne que fueron famosos un día y ya nadie les recuerda; pero ¿para qué citar con mengua sus nombres justamente olvidados, pese a la cordialidad de los supervivientes de aquellos fugaces éxitos, que quisieran hacerlos perdurables?

Nada debemos a ninguno de estos hombres; no hay ningún joven que tenga nada que aprender de ellos; es a los otros, a los humildes escritores provincianos, a quienes por lo menos deberemos algún día la geografía espiritual de España. De ellos aprenderemos a distinguir los puntos cardinales de la espiritualidad nacional, hoy fragmentada y perdida en esos volúmenes descuidados y esos folletos mal impresos que removemos desdeñosos en los puestos de libros viejos.

Noñicero de Soria, 27 de marzo de 1924

La inmoralidad y la Iglesia

El arzobispo de Sevilla, señor Ilundain, ha dirigido a sus diocesanos una luminosa carta pastoral en la que condena la inmoralidad predominante, la glorificación de la carne y el “letal virus del sensualismo naturalista”.

La intención es bonísima; lo deplorable es que la verdadera inmoralidad escapa indemne de los latigazos que quiere propinarle la prosa episcopal. La inmoralidad del mundo no está ya al

alcance de los prelados, y es curioso ver cómo éstos, llenos de santa indignación, se debaten en el reducido círculo de sus naderías tradicionales, mientras la inmoralidad, invulnerable a sus disciplinas, anda rodando a su antojo por el mundo.

Pero el señor arzobispo no es hombre que se parta de ligero; quiere documentarse bien, quiere señalar con el dedo, quiere tocar en la misma llaga con sus palabras. Para esto, se vale de un curita joven y despierto que entra y sale, ve y oye, sopla y sorbe y es el cordón umbilical entre el mundo y la mitra. Este curita anda libre y desenfadado por calles y plazas, bailes y teatros. Después, llega al palacio episcopal, y, con suaves pausas, impuestas por el rubor, va contando al prelado lo que es el mundo.

Nuestro curita ha estado una noche en un teatro donde se representa género alegre; ha visto que coristas muy ligeritas de ropa bajan al pasillo de butacas y andan contoneándose entre los espectadores, con sus encantos, mal velados, al alcance de la mano. Esta nueva tentación le ha parecido más terrible que todas. A duras penas ha contenido su mano en el bolsillo de su pantalón y después ha ido a contárselo al prelado:

—¿Cómo es posible?

—Así es, ilustrísimo señor.

—¿Y andan así, casi desnudas?

—Casi desnudas.

—¿Hasta dónde?

—Hasta aquí...

—¿Y los hombres qué hacen?

—Las miran y... nada más.

—¡Las miran y nada más! ¿Pero es posible? ¡Qué depravación! Y el buen prelado coge la pluma y escribe:

“Nada digamos del culto a la desnudez exhibida descocadamente en las tablas de los escenarios y paseándose por entre los mismos espectadores en vergonzosa impudicia”. Finalmente, el señor Ilundain halla la raíz de estos males en el materia-

lismo, en las comodidades, en los avances de la ciencia y en el industrialismo, que apartan a los hombres del orden sobrenatural y relegan al olvido los valores morales. ¿Cómo es posible mantener aún este error? ¿Cómo puede hablarse de la crisis de los valores morales? ¿Cuándo ha sido la humanidad más disciplinada, más heroica, más hondamente idealista que ahora? Pero, por lo visto, la inmoralidad que la carta pastoral condena se limita a los motivos de escándalo que puede sugerir el mundo en un adolescente tonsurado, que es la máquina de los anatemas episcopales.

No hay tal corrupción ni tales carneros. Ese reinado de la voluptuosidad, ese enervante sibaritismo, no son otra cosa que el mito de la moderna civilización. La vida es

cada vez más ruda, más implacable. Los hombres trabajan más y gozan menos. Gentes humildes y laboriosas, llenas de dolor y de inquietudes espirituales; empleaditos que salen de sus oficinas para meterse en la celdita estrecha de su casa; jornaleros, agotados por el trabajo, que padecen hambre, frío y sueño. Por otra parte, el hermetismo de la ciencia moderna ha creado un grandísimo sacerdocio, cuya disciplina es más tiránica que la de todas las religiones. Consagrar la vida a la filosofía, a las ciencias naturales o a la biología es más

penoso que consagrarla a Dios.

¿Dónde está, pues, la corrupción de la vida moderna? ¿En los que quedan al margen de ella? ¿En los que forzosamente, si no se incorporan a la corriente universal de trabajo y honradez, van a su ruina y acabamiento? La vida de nuestra época tiene para los inmorales, para los corruptos, sanciones mucho más terribles que los anatemas episcopales. Y otras boberías, no nos interesan, aunque tomen inusitada trascendencia a veces al incrustarse en la cerrilidad de un padre Calasanz.

España, n° 362, 24 de abril de 1923

La España que no pudo ser

Manuel Chaves Nogales condensó su biografía en una breve frase: “andar y contar es mi oficio”. Siempre fue fiel a esa fórmula, que le acarreó muchos disgustos, pues nunca contó lo que otros querían oír, sino lo que vio de verdad. Republicano, liberal y partidario de Manuel Azaña, se opuso con idéntico fervor al fascismo y al comunismo. En el prólogo de *A sangre y fuego*, un conjunto de relatos ambientados en la Guerra Civil española, se describió a sí mismo como “un pequeño liberal burgués”. Sus viajes a Roma y Moscú le habían revelado que la bota fascista y la hoz y el martillo oprimían con idéntica brutalidad al trabajador. Su entrevista a Joseph Goebbels, donde describía al político como “ridículo e impresentable” y advertía sobre la creación de campos de trabajos forzados, le costó ser incorporado a la lista negra de la Gestapo. Frente al mito de Moscú, poderoso imán para los desheredados de la tierra, Chaves Nogales reivindicó la república francesa, insigne faro de civilización y “Meca de todos los hombres libres”. Exiliado en París, pudo contemplar la entrada triunfal de la Wehrmacht, lo cual le corroboró que la democracia era la “fórmula superior de convivencia humana”. Libros del Asteroide publica ahora su *Obra completa* en cinco volúmenes. Con prólogos de Antonio Muñoz Molina y Andrés Trapiello, recoge por primera vez todos los textos periodísticos y literarios.

CHAVES NOGALES CON COMPAÑEROS DEL *HERALDO DE MADRID*

Chaves Nogales nació en Sevilla en 1897. Hijo, nieto y sobrino de periodistas, compatibilizó los estudios de Filosofía y periodismo. En 1920, publicó su primer libro, *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*. Después de casarse, se trasladó a la capital y llegó a ser redactor jefe del *Heraldo de Madrid*, donde coincidió con González Ruano. En 1927 ganó el prestigioso premio Mariano de Cavia por un reportaje sobre Ruth Elder, la primera mujer que cruzó el Atlántico en un Junker. La década siguiente será especialmente fructífera. Publica varios libros basados en sus viajes por Europa: *Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929), *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931) y *El maestro Juan Martínez, que estaba allí* (1934). En 1931 se convirtió en director del diario *Ahora*, que pretendía ser la alternativa al monárquico y conservador *ABC*. En 1935, publicó su obra más famosa, *Juan Belmonte, matador de toros,*

la única que autorizó reeditar el franquismo. Aunque no sentía un especial interés por la tauromaquia, se quedó cautivado por el coraje y la humanidad de Belmonte, rival de Joselito. Chaves Nogales mezcló su voz con la del matador, componiendo un texto que —según Muñoz Molina— se anticipa en tres décadas a la “novela de no ficción”. Tras comenzar a escribir con un estilo algo barroco, el periodista había alcanzado la madurez creativa con una prosa limpia, precisa y sin retórica.

Apenas estalla la Guerra Civil, Chaves Nogales se pone al servicio de la República, escribiendo artículos y editoriales. Aguanta en Madrid hasta que el gobierno se traslada a Valencia. Sabe que ha acumulado méritos para ser fusilado por los dos bandos: “Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario”. Admite albergar “un odio insuperable a la estupidez y la crueldad”. Deplora con el mis-

mo pesar los crímenes de las milicias y la política de exterminio de los sublevados. Reclama el derecho a obrar en conciencia: “Yo he querido permitirme el lujo de no tener ninguna solidaridad con los asesinos. Para un español quizá sea éste un lujo excesivo”. Augura que a los españoles les espera una larga dictadura, con independencia de quien sea el vencedor. Después de tres años de violencia, se recurrirá al terror para asegurar la victoria, despreciando cualquier idea de reconciliación.

Se puede considerar a Chaves Nogales como un precursor del nuevo periodismo (Capote, Mailer, Wolfe). Sus crónicas de la revolución de Asturias reúnen todas las características de esa escuela: estilo con un propósito literario, perspectiva crítica, uso de la primera persona. No pretende ser objetivo. Su mayor inquietud es preservar la legalidad republicana. Para muchos, Chaves Nogales es el mejor periodista español del siglo XX. Entrevistó a re-

LA FIGURA Y LA OBRA DEL ESCRITOR SON EL MASCARÓN DE PROA DE ESA ESPAÑA QUE HOY VUELVE A PLANTEARSE COMO UNA URGENCIA

yes, jefes de estado, líderes religiosos, artistas. Entre ellos, Alfonso XIII, Churchill, el arzobispo de Canterbury, Maurice Chevalier, Chaplin. A sus lúcidos 97 años, Pilar Chaves, su hija mayor, nos dejó un entrañable retrato de su padre: “Gran fumador, cariñoso, ligero, alto, activo, guapo, de ojos

azules, de buena presencia y nada presumido. Trabajaba muchísimo y lo veíamos poco”.

Chaves Nogales murió de peritonitis el 4 de mayo de 1944. Se encontraba solo en Londres, colaborando con varios medios ingleses. Fue inhumado en el cementerio de Fulham, cerca de la capital, en una tumba sin ninguna inscripción. Tenía 46 años. Una semana más tarde, el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo le impuso una pena de doce años de prisión, y dictó su inhabilitación absoluta y perpetua. Su figura y su obra cayeron en el olvido, pero a partir de los años noventa comenzaron a ser recuperadas. No tardaron en ser consideradas el mascarón de proa de esa España que no pudo ser y que hoy vuelve a plantearse como una urgencia. La lectura de Chaves Nogales nos podría ayudar a avanzar hacia un porvenir donde ya no se perciba al adversario como un enemigo, sino como alguien con el que es necesario entenderse.

“Los sectarios —escribió el periodista— tienen miedo al hombre libre e independiente”. Si éste desapareciera, “la causa de la libertad en España no habría quien la defendiera”. Estas palabras merecerían estar grabadas en el frontispicio del Congreso, escenario de tantas confrontaciones estériles. Los periodistas que avivan hogueras también deberían aprender de una voz templada, ecuánime y con una saludable ironía. No podía faltar ese último rasgo, pues ya se sabe que el humor es el enemigo más implacable de los tiranos. **RAFAEL NARBONA**